

LIBROS

Personajes de nuestro tiempo

La biografía, en nuestro tiempo, se ha convertido en un arte imposible, sobre todo si se trata de relatar vida y pensamiento de personajes inmediatos: envueltos en nubes de propaganda —favorable o contraria—, desfigurados por las pasiones de quienes los contemplan, estos personajes se han hecho inaccesibles. Es por ejemplo imposible saber exactamente quién era Lenin, invocado e integrado por todas las numerosas escuelas comunistas del mundo con propósitos enteramente diferentes y hasta para arrojarlo como una piedra contra los demás; maltrecho y calumniado por todas las escuelas anticomunistas, desde las recubiertas por una suave hipocresía objetiva, hasta la más ásperamente combatientes. «Estamos condenados a juzgar a Lenin y el leninismo, y de hecho, a Rusia en general, desde el punto de vista de nuestra sociedad y de nuestra historia, hasta cierto punto por lo menos», reconoce Robert Conquest, autor del último estudio sobre Lenin, publicado en nuestro país en la colección *Maestros del Pensamiento Contemporáneo*, de Grijalbo. La sociedad y la historia a la que se refiere Conquest es la británica, y dentro de ella, la de un liberalismo clásico (valga la paradoja, el liberalismo conservador) que ya ha impulsado a este autor a escribir varios libros de crítica anticomunista.

Toda esta interesante colección de Grijalbo procede directamente de una inglesa, con dirección inglesa y autores ingleses. Tiene la garantía de que los datos no estarán hurtados e incluso están incrementados con unas cronologías comparadas finales muy valiosas; tiene la desventaja, en cambio, de que la inflexión de la edición castellana, dirigida por Jacobo Muñoz, no puede quitarle de que su óptica es la de la sociedad, y del grupo dentro de esa sociedad, de la que emana. Un «Russell», por ejemplo, presenta al excéntrico moralista de nuestro tiempo desde dos críticas opuestas: la del profesor Ayer, autor del libro, y la del epilógista español Manuel Sacristán.

Un «Reich», de Charles Rycroft, es particularmente interesante en España, donde su obra es prácticamente desconocida o conocida muy parcialmente. Sin embargo, este breve ensayo parece, sobre todo, basado en las obras de los últimos años de Reich, en su «época americana», donde ya se marcaba la deformación mental de manera muy acusada y el peso de las grandes persecuciones que había sufrido; faltan las referencias a una de sus obras fundamentales, la «Psicología de masas del fascismo», de 1932, que probablemente es fundamental no sólo para el conocimiento de Reich, sino también para el del fascismo y sus fenómenos paralelos.

En cuanto al «Freud», de Richard Wollheim, probablemente su conservadurismo es un valor muy considerable. Se ha desplazado, se ha especulado tanto con el pensamiento de Freud, que casi se ha olvidado lo que él mismo escribió y dijo, las progresiones y las regresiones de sus ideas. Freud era un personaje cauteloso, reservado, tanto para su propia vida como para su obra; receloso de sus discípulos, de las interpretaciones que se pu-

dieran dar a sus teorías. Wollheim devuelve entera esa imagen, relacionando inevitablemente el desarrollo del pensamiento freudiano con la biografía de su creador. Es un minucioso trabajo de reconstrucción, de hallazgo de pistas, con una capacidad de síntesis poco común para reproducir algunos de los hallazgos freudianos. Finalmente, el psicoanálisis y el descubrimiento del inconsciente han supuesto una nueva manera de pensar la vida, de la que se han nutrido varias y opuestas escuelas. Wollheim, en este libro, se queda solamente con Freud y sus hallazgos, con lo que rinde un considerable tributo al estudio del tema para quienes no hayan leído a Freud directamente o para quienes le hayan leído fragmentariamente.

La colección consta hasta ahora de diez volúmenes. Además de los cuatro personajes citados, se han publicado ya los estudios dedicados a Lukács, Camus, MacLuhan, Guevara, Wittgenstein y Gandhi, y promete una larga lista para el futuro, en la que hay nombres de primera importancia. ■ J. A.

Edgar Poe, crítico y ensayista

Fue un espíritu extraño, un obseso de lo minucioso y de lo horrible, un mendigo que acertó a llevar sus harapos con suntuosa dignidad, un durmiente que despertó un día entre las asfixiantes maderas y el olor a tierra húmeda de su ataúd; un «dandy» sin recursos, sin esperanzas, sin público; un detective que esclareció el único crimen perfecto, en el que se concitan la astucia inhumana y la fuerza bestial; un alcohólico solitario que tambaleó su ética desmesura por las ciudades de nombre legen-

dario de la naciente América, el inventor de una cosmogonía que duplicaba y agotaba el universo; se puede decir de él que es una de las víctimas más probadas del sufragio universal, pues murió en Baltimore de la definitiva borrachera que le hicieron coger un grupo de electores para aprovechar su estado y obligarle a votar varias veces: fue pobre, periodista, poeta, inventor de la novela policíaca y de la «ciencia-ficción», humorista, neurótico, genial. Puede admirarse a muchos escritores, pero a Poe hay que adorarle; quien no

narrativa o poética (entre la que incluyo, por supuesto, a «Eureka»), sus reseñas y artículos son muy dignos de ser conocidos, no fuera más que por la razón de que muestran uno de los aspectos más «públicos» de Poe bajo el cual fue considerado principalmente por sus contemporáneos, llegando en ciertos ámbitos a ser considerado como un dictador teórico de los nuevos gustos literarios. Alianza pone ahora a nuestro alcance la traducción de Cortázar de estos escritos de Poe (1), en un volumen que cuenta además con el ali-



haya leído «El escarabajo de oro» a los trece años o no se haya refugiado en la bodega del barco amotinado con Gordon Pym, ese morirá convencido de que la literatura es un edificante recreo cultural e ignorará la pasión más arrebatada, más subversiva, más gozosa y más libre: leer.

La faceta más postergada de Poe es, sin duda, la de crítico y ensayista; preterición ésta perfectamente justificada, es preciso admitirlo. Pero aunque no admite comparación con el interés de su obra

científica de un largo ensayo introductorio del propio Cortázar, inteligente y bien escrito, como cuadra a su autor.

El libro se abre con el texto de una reiterada conferencia de Poe, su «Filosofía de la composición», en la que expone con ademán de prestidigitador los mecanismos de su poema «El cuervo». Según este escrito, dicho poema —y por extensión los restantes poemas del autor— estaría fabricado

(1) «Ensayos y críticas», de Edgar A. Poe. Traducción de J. Cortázar. Editorial Alianza.

según un calculadísimo montaje de dispositivos poéticos, cuidadosamente preparados para despertar las lágrimas, la melancolía o el espanto de los lectores; no hay apenas lugar para el arrebatado inspirado, según señala el mismo autor: «No hay mayor engaño que creer que una auténtica originalidad es mera cuestión de impulso o de inspiración. Originar consiste en combinar cuidadosa, paciente y comprensivamente». De este modo, cada elemento del poema —plumaje del ave, decorado de la estancia, ánimo del protagonista, sonoridad del estribillo, el célebre «nevermore», etcétera— fue preparado, sin espontaneidad de ninguna clase, para despertar determinados efectos en quien lo leyese. ¿Qué pensar de esta sorprendente desmitificación de las musas que, según tradición, soplan en la frente de los poetas? Lo más obvio es declarar este texto como un ingenioso «tour de force», en el que a partir del poema ya compuesto, Poe deduce el funcionamiento de cada una de sus partes sobre el ánimo del impresionado lector, fingiendo que todo estaba previsto; esta opinión está confirmada por el mismo Poe, que declaró su escrito —y me extraña que Cortázar no lo mencione— «a mere hoax», una simple mixtificación. Pero hay una verdad más verdadera que esta simple verdad: la de que Poe quisiera que los poemas se construyesen con ingeniosos dispositivos de relojería, como los que describe en su «Filosofía de la composición». Poe soñó una especie de «poema-robot», programa para cumplir determinadas modificaciones en el espíritu inmortal de quien lo leyese, un poema que diese poder al escritor sobre su lector, que le permitiese manipularle, en lugar de constituir un inefable arrebatado que arrastre en idéntico torbellino al creador y al público, sin control